

del esclavo, fué donde los primeros de nuestra orden la fundaron, para perpetuar este ejemplo. La renunciación de la voluntad, el más difícil de los deberes, es la base de nuestra institución. La vanagloria te sedujo. Apártate de mi vista. Quien no soporta el yugo del Señor no merece adornarse con su cruz.

La multitud estalla; el tumulto hace temblar los muros del convento; los hermanos piden gracia para el hermano; el gran maestro, impassible y sereno como la justicia, no cede. Silencioso y con la mirada en tierra, el héroe se despoja humildemente de sus armas, besa la mano que lo hiere y se aleja. La fisonomía del gran maestro se ilumina y, con una voz en que parecen temblar las lágrimas,—Ven, dice, y bésame, hijo mío. Has vencido en el más difícil de los combates. Toma esta cruz, recompensa de la humildad con que te has vencido a tí mismo.

SEÑOR TENIENTE CORTÍNEZ:

Un amigo de su país ha refundido esta balada de Schiller para dedicársela a Ud. *La vanagloria lo sedujo*. Su vuelo ha superado en otro tanto al de su compañero. Es Ud., en su país, el primero de los héroes del aire; pero es Ud. el primero que ha roto la disciplina del Ejército. ¿Vale aquel triunfo de su vanidad esta insensatez? La hazaña del caballero de Rodas tenía un fin excelente. ¿Qué fin tenía la suya?

El aplauso de las multitudes no cambia la naturaleza de las cosas; y de éstas, cada una engendra su semejante.

No sé cómo habrá procedido en su caso el *Gran Maestro* del Ejército de Chile; pero, para bien de su patria, yo deseo que haya sido inexorable como el de los Caballeros de S. Juan, y que Ud. haya sido humilde como el héroe de la balada.

QUINTILIANO